

Una salva de risas y de exclamaciones aguardentas respondieron á sus palabras.

La voz chillona y detestable del hombrecillo negro sobresalía de este jaleo:

— ¡Es la verdad! Todos bogamos, sin timón, en un buque desarbolado... ¿Dónde está el capitán? ¡Eh! ¡ja, ja, ja!

* * *

Tomás recobró el sentido en una habitacioncita alumbrada por dos ventanas. La primera cosa que llamó su atención fué un árbol seco. Este árbol encontrábase frente á una de las ventanas y su tronco enorme, descortezado y de corazón podrido, interceptaba la luz del día. Sus ramas negras y nudosas, desprovistas de hojas, se extendían lamentablemente y gemían sacudidas por el viento. La lluvia se escurría á lo largo de los cristales y caía del tejado en cascada rumorosa. A este ruido, semejante á sollozos, se unía el chirrido de una pluma que corría veloz sobre el papel.

Tomás levantó su cabeza aturdida. Vió un hombrecillo negro, sentado á una mesa, que garrapateaba rápidamente en una hoja de papel. Aquel hombre sacudía su cabeza redonda, con aire satisfecho; la movía sin cesar en todos sentidos, levantaba los hombros y todo su cuerpo, cubierto sólo de una camisa de dormir y unos calzoncillos, y saltaba sobre la silla como si hubiese estado sobre ascuas. Con su mano izquierda, fina y delgada, se rascaba la frente, haciendo en el aire ademanes raros. Sus pies desnudos se agitaban en el suelo; se distinguía el latido de una vena gruesa en su cuello y sus orejas también se movían sin cesar. Cuando se volvía

hacia Tomás, éste podía ver unos labios delgados que balbuceaban algo y una larga nariz puntiaguda que le llegaba al bigote cuando abría la boca... El rostro era joven, enfático, arrugado y dos ojillos negros y vivos parecían no pertenecer á este rostro.

Causado de contemplarle, Tomás volvió lentamente los ojos hacia el techo y las paredes.

Parecidos á tumores, paquetes de periódicos suspendidos en grandes clavos cubrían las paredes. El techo había sido en otro tiempo tapizado de papel blanco; este papel, despegado por la humedad, colgaba en míseros jirones lamentables que en varios sitios se enrollaban; vestidos, calzado, pedezos de papel estaban revueltos por el suelo... Parecía que toda aquella habitación hubiese sido pasto de la desgracia.

El hombrecillo tiró de repente la pluma, se inclinó hacia adelante y se puso á teclear alegremente en el borde de la mesa y cantó con voz atiplada:

Coge tu tambor y no tengas miedo
Da á la cantinera un buen beso sonoro;
¡Que esa es la única razón
De toda una filosofía de amor!

Tomás exhaló un profundo suspiro y dijo:

— Si pudiese disponer de agua de Seltz...

— ¡Ah! exclamó el hombrecillo, lanzándose desde su silla al canapé cubierto de hule en el que estaba echado Tomás. ¡Buenos días, amigo! ¿Agua de Seltz? Es fácil. ¿Con cognac ó sin él?

— Con cognac será mejor, exclamó Tomás, estrechándole la mano febril y seca que le tendía su interlocutor y examinándole atentamente,

—¡Egorovna! llamó este último abriendo la puerta. Y preguntó á Tomás:

—¿No me reconoces, Tomás Ignatitch?

—Creo... por mi vida... haberte... visto otra vez.

—En efecto, nos hemos visto durante cuatro años... ¡Pero hace tanto tiempo!... Ejoff...

—¡Dios santo! exclamó Tomás, dando un salto en su canapé. ¿Eres tú?

—¡Ay de mí! amigo mío, yo bien quisiera no ser, pero la realidad es una cosa que rechaza las dudas como el hierro rechaza una bala de goma...

El rostro de Ejoff se arrugó cómicamente y sus manos se crisparon sobre el pecho.

—Esto es, pronunció Tomás lentamente. Por cierto que has envejecido bonitamente... ¡Caramba! ¿Qué edad tienes?

—Treinta años.

—Cualquiera te echaría cincuenta... seco, amarillo... la vida no ha sido cariñosa para contigo, ¿eh? Y bebes...

El corazón de Tomás se oprimió al reconocer á su camarada de infancia, en otro tiempo alegre y decididor, ahora tan lamentablemente estropeado, alojado en aquel cuartucho desmantelado cuyo aspecto evocaba la idea de una enfermedad, de un pobre cuerpo llagado de quemaduras...

Lleno de lástima contemplaba á Ejoff. Veía el temblor que recorría su rostro, al mismo tiempo que sus ojillos se encendían con cólera. Disponiéndose á descorchar una botella de agua de Seltz y entregado por completo á este trabajo, la botella sujeta entre las rodillas, Ejoff callaba, esforzándose en vano por extraer el tapón.

Su delgadez conmovió á Tomás.

—¡Hum! ¡qué casa!... Y sin embargo, estudiaste... Diríase que, aun siendo sabio, el hombre no es dichoso, profirió Gordeieff pensativo,

—¡Bebé! dijo Ejoff, pálido por el esfuerzo. Y le tendió el vaso.

Después se restregó la frente, se sentó al lado de Tomás en el canapé y se puso á hablar:

—Deja la ciencia tranquila... no blasfemes. La ciencia es el néctar de los dioses... pero está en estado de fermentación y no puede ser servida á todos, así como el aguardiente de uva que no está destilado no se puede beber. Para contribuir á la dicha humana no está aún suficientemente en condiciones, amigo mío, y los que hacen uso de ella no ganan más que dolores de cabeza, como tú y yo. ¡Bah! ¡Por qué bebes tonto?

—¿Yo? ¿Acaso puedo hacer otra cosa? preguntó Tomás sonriendo.

Ejoff le miró con interés y dijo:

—Esta pregunta, relacionada con todo lo que has dicho ayer noche, me hace creer, amigo mío, que no te diviertes con alegría de corazón.

—¡Ah! suspiró Tomás dejando bruscamente el canapé. ¿Cuál es mi existencia? ¡Un verdadero contrasentido! Estoy solo, no comprendo nada... y sin embargo mi alma aspira á algo... enviar todo al demonio y andar por mi propio esfuerzo... Quisiera concluir con todo... ¡eh! ¡aburrimiento! ¡aburrimiento!

—¡Es curioso! exclamó Ejoff frotándose las manos y agitándose extraordinariamente. Es curioso si es verdadero y sincero, pues eso probaría que el santo desconocimiento de la vida ha penetrado así mismo en las alcobas de los traficantes, en esas almas muertas anegadas en ondas de sopas grasosas, en lagos de té y otros líquidos... Cuéntame todo eso detalladamente... Haré una novela de ello...

—He oído decir que habías escrito un artículo contra mí, replicó Tomás, curioso, examinando con atención á su condiscípulo y preguntándose lo que podría producir, él, tan haraposo.

—En efecto, lo escribí. ¿Lo has leído?

—No; no he tenido ocasión...

—¿Y qué te han dicho?

—Que me dabas un palo terrible...

—¡Hum!... ¿Y eso no te da ganas de leerte á ti mismo? proseguía Ejjoff, examinando con interés el rostro de Tomás.

—Lo leeré, afirmó Tomás, molesto, deseoso de consolar á Ejjoff, al cual su indiferencia habría podido parecer hiriente.

Y añadió débilmente:

—Debe ser interesante, puesto que eres tú quien lo ha escrito.

Y sin embargo, no experimentaba ni la más mínima curiosidad; sus palabras eran únicamente dictadas por la lástima que le inspiraba Ejjoff. Su pensamiento no estaba allí; habría querido comprender qué clase de hombre era Ejjoff y lo que lo había estropeado así.

Este encuentro despertaba en él un sentimiento dulce y cariñoso, recordándole días de infancia que surgían ahora uno á uno en su memoria, como fuegos fatuos, apenas visibles, en el pasado lejano.

Ejjoff se aproximó á la mesa, en la cual la tetera estaba ya preparada, virtió silenciosamente en dos vasos, té negro como la tinta, y dijo á Tomás:

—Ven á tomar té... y háblame de tí...

—No tengo nada que decirte... no he visto nada... ¡Mi vida está tan vacía! Cuéntame más bien la tuya... tú tienes que contar más que yo...

Ejjoff se puso á reflexionar, sin cesar de mover la cabeza en todos sentidos y de agitarse en su silla. Sólo su rostro se había inmovilizado; todas sus arrugas, en haz como rayos, alrededor de sus ojos, les hacían parecer aun más metidos en sus órbitas.

—Sí, amigo mío, no he visto pocas pocas cosas y he adquirido experiencia. Quizás sepa más que me

convenga, pues tan malo para un hombre es saber demasiado, como no saber bastante. ¿Quisieras saber cómo he vivido? Voy á decírtelo, ó más bien, voy á ensayar... Pues nunca he hablado de mí á nadie, porque nadie se ha interesado... y á propósito, es muy desilusionante vivir sin inspirar interés á alguien, sea quien sea.

—¡Oh! Veo en tu semblante y en lo que te rodea que tu vida no ha sido bella, dijo Tomás, experimentando cierto placer en hacer ver á su amigo que no lo había pasado mejor que él.

Ejjoff tragó de un sorbo su té y puso el vaso en el platillo. Puso sus pies en los travesaños de la silla, rodeando sus rodillas con los brazos, en las que apoyó la barba.

Pequeño y flexible como si hubiera sido de goma, empezó su relato:

—El estudiante Satchkoff, mi antiguo profesor, que ahora es doctor en medicina, jugador y criado, me decía en tiempos, cuando yo había preparado bien mi lección: «¡Bravo, Nicolás! Tú eres un muchacho de capacidad. Nosotros aventureros, sencillos y pobres, que salimos de la baja clase de la sociedad, debemos estudiar, y estudiar tanto y tanto, que al fin lleguemos á los primeros puestos... La Rusia tiene necesidad de hombres de inteligencia y probos: trata de serlo y serás el dueño de tu destino y un miembro útil á la sociedad. En nosotros los plebeyos, reposan las más bellas esperanzas del país; nosotros somos quienes debemos hacer luz, verdad, etc., etc.» He creído en este bruto... Veinte años han transcurrido... nosotros, los aventureros, hemos crecido, pero, intelectualmente, somos los mismos y no hemos hecho ninguna luz en la vida. La Rusia sufre siempre su mal crónico, de una abundancia de canallas y nosotros, los plebeyos,

engrosamos con fruición sus filas compactas. Mi profesor, lo repito, es un criado, sér impersonal y mudo, al cual su amo da órdenes... y yo soy un bufón al servicio de la sociedad... En esta ciudad, amigo mío, la fama me persigue... Oigo en la calle á un cochero que dice á otro: «Mira á Ejobb. Cuando se mete con alguien lo arregla, palabra de honor.» ¡Y aun para llegar á esto, es difícil...

A estas palabras el rostro de Ejobb se contrajo y sus labios se desplegaron en una risa silenciosa.

Tomás no comprendió nada de su discurso y dijo al azar, por responder algo:

—Es que aun no has llegado al fin que te propones...

—¡Eh! sí, yo creía llegar más arriba... ¡Y habría llegado! ¡Te lo aseguro, habría llegado!...

Saltó de su silla y se puso á correr á través del cuarto, gritando con volubilidad y cólera:

—Para guardarse en la vida, para ser hombre libre son menester fuerzas enormes. Las he tenido... Era ligero, era diestro... todo lo he empleado por adquirir conocimientos que ahora me son inútiles. Me he gastado enteramente, para conservar algo en mí... ¡Ah, diablo! Yo mismo... y cuantos otros conmigo... nos hemos despojado voluntariamente á fin de poder armarnos para la vida... Calcula que con el deseo de ser más tarde un hombre de valor, he despreciado mi personalidad de mil maneras... Para estudiar y no morir de hambre, he enseñado durante seis años el A B C á párvulos... y soportado por parte de los padres y madres que me humillaban á su antojo, que me hicieran las más crueles ofensas... Ganando apenas bastante para el pan y el té, no tenía que comprar sino calzado y me veía reducido á dirigirme á la beneficencia pública, á escribir súplicas... para obtener socorros... que se dan á los indigentes. ¡Ah! ¡Si estas obras de caridad

supiesen todo lo que ellas matan en el hombre cuando le socorren materialmente! Si supiesen que cada rublo que dan para comprar pan contiene noventa y nueve kopeks de veneno para el alma! ¡Si pudiesen matar por exceso de bondad y de orgullo, gastado en prácticas piadosas! ¡No hay hombre sobre la tierra más odioso y más vil que el que da limosna y nadie más desdichado que aquel que la recibe!

Ejobb había llegado al paroxismo de la cólera. Titubeaba como un hombre borracho y los papeles esparcidos bajo sus pies se desgarraban en jirones. Rechinaba los dientes, movía la cabeza, sus dos brazos se agitaban en el aire como dos alas mutiladas. Se habría dicho que hervía en una marmita en plena ebullición. En cuanto á Tomás, se sentía animado de dos sentimientos contrarios. Ejobb le inspiraba lástima y al mismo tiempo se sentía regocijado de verle sufrir. «No soy solo... no lo pasa mejor que yo...» se decía escuchándole hablar. De la garganta de Ejobb se escapaban sonidos secos como de vidrio y chirridos semejantes á los de una rueda mal engrasada.

—Envenenado por la bondad humana he perecido víctima de esta fatalidad que lleva en sí cada uno de los pobres diablos que pretenden triunfar: la facultad de contentarse con poco, en la esperanza de obtener mucho... ¡Ah, si supieras! Mueren más hombres todos los años por no conocer su precio ni estimar su justo valor, que de la tuberculosis, y por esta razón es por la que se encuentran jefes de partido desempeñando empleos de guardias de seguridad.

—¡Que el diablo se lleve á los guardias de seguridad! exclamó Tomás con un gesto de impaciencia. Es de tí de quien se trata...

—¡De mí! ¡Pero si es justamente de mí, de quien

se trata! replicó Ejjoff parado en medio del cuarto y golpeándose el pecho. He llegado al colmo de mis ambiciones... soy un bufón propio para divertir al público é incapaz de otra cosa. ¡Oh! ¡saber lo que se debe hacer y no poder ejecutarlo, no tener la energía, la fuerza de cumplir la obra, esto es lo que se llama un suplicio!

—¡Ah! toma, espera un poco, exclamó Tomás animándose. Dime lo que es menester hacer para vivir tranquilo... es decir, para estar contento de sí mismo.

—Para eso es menester llevar una vida agitada y evitar como un verdadero mal la probabilidad de una satisfacción personal.

Aquellas palabras sonaron huecas en el espíritu de Tomás y no despertaron ningún sentimiento en su corazón ni ninguna nueva idea en su cerebro.

—Es menester vivir en la busca apasionada de alguna cosa inaccesible... El hombre sólo crece esforzándose en llegar por encima de él...

Ahora que su persona estaba fuera de causa, Ejjoff hablaba con un tono más medido, más tranquilo. Su voz era firme y segura y la expresión de su rostro era severa. Estaba de pie en medio de la habitación, la mano extendida hacia Tomás y hablaba como si leyese:

—Los hombres son viles porque no buscan más que saciarse... El hombre harto es un animal... pues la saciedad es una satisfacción de la carne... Por lo demás, el orgullo del hombre demasiado satisfecho de su talento le lleva de igual modo al estado de bruto...

Un movimiento convulso agitó su cuerpo, como si sus venas y sus músculos se hubiesen atirantado hasta romperse y volvió á dar vueltas á la habitación.

—El hombre perfectamente contento de sí es

un tumor en el seno de la sociedad... es mi enemigo jurado. Está relleno de verdades de á cuarto, mugre de sabiduría enmohecida; es como el desván en el que una criada parsimoniosa amontona sin orden las cosas viejas en desuso, que no se sabe en qué emplearlas. Cuando se consulta á uno de estos hombres y abre las fuentes de su alma, se percibe un olor fétido, tasto de toda clase de detritus podridos. Estos desdichados se llaman hombres de principios, de convicciones, almas fuertes... y nadie quiere confesar que sus convicciones no son sino cropeles que sirven sólo para ocultar la desnudez de su alma miserable. Las frentes estrechas de esta categoría de gentes, llevan siempre una deslumbradora etiqueta: calma y seguridad, ¡falso reclamo! Frota sus frentes con mano firme y harás aparecer la verdadera enseña: mediocridad é idiotismo...

Tomás seguía con la mirada á Ejjoff, que se agitaba en la habitación, y se decía con tristeza:

«¿Contra quién va? No se puede saber... Pero ha sido bien maltratado... Eso se va en seguida...»

—¡Cuántos he encontrado así! proseguía Ejjoff lleno de cólera. ¡Cuántas expendedurías así se han abierto desde hace algunos años! Se encuentra de todo; percal para sudarios, untos de ruedas, bombones y bórax para destruir arañas; pero no se descubre nada fresco, nada nuevo, nada sano! Estas gentes tienen el alma enferma, amortiguada, destrozada por la soledad, y viven en la esperanza de oír una palabra viviente. Os ofrecen reminiscencias que descorazonan, ideas robadas de los libros viejos, rancios por el tiempo. Estas ideas, por lo demás, encallecidas, son tan pobres que, para expresarlas, es fuerza emplear una cantidad de palabras sonoras y vacías. Cuando oigo hablar á uno de estos hombres, me digo siempre: hé aquí un matalón bien

alimentado, pero enfermo, adornado de cascabeles y que arrastra una carreta llena de basura, para arrojarla fuera de los muros de la villa, y la desgraciada bestia está contenta de su suerte.

—Ellos son también seres inútiles, exclamó Tomás.

Ejoff se plantó delante de él y dijo con una sonrisa irónica:

—¡Oh! no, ¡esos no son inútiles! Sirven de modelos, modelos de lo que es necesario no ser. En realidad su puesto está en el museo de Anatomía, donde se conservan toda clase de monstruos, los ejemplos potentes de las enfermedades raras. Nada es inútil en la vida: asimismo yo soy necesario para algún designio obscuro. Sólo los hombres de alma bajamente servil y en que el corazón muerto está reemplazado por una enorme postema de odiosa adoración por el yo, sólo esos son inútiles... y aun... sirven de algo, aunque no sea más que para recibir la expresión de mi odio...

Ejoff continuó discurrendo así hasta la noche con la misma fogosidad. Vomitaba injurias contra los hombres que aborrecía, y sus palabras, cuyo sentido quedaba, la mayor parte de las veces, obscuro para Tomás, despertaban en él su instinto de combate. A veces, experimentaba dudas acerca de la sinceridad de Ejoff. Le preguntó en un momento dado, brutalmente:

—Está bien, ¿pero eres capaz de decirles todo eso en pleno rostro?

—A cada momento... y cada domingo en el periódico... ¿Quieres que te lo lea?

Sin esperar respuesta de Tomás, arrancó de un clavo un paquete de periódicos, que se puso á leer en alta voz, sin interrumpir sus paseos á través de la habitación. Enrojecía, reía, mostraba los dientes y se parecía á un perro rabioso, atado, que se esfuerza en vano por romper la cadena.

Tomás no percibía una idea en los escritos de su camarada, pero comprendía aquella mordaz ironía, aquella audaz protesta, el furor violento de las frases, y experimentaba una sensación deliciosa, una satisfacción casi física.

—¡Buena estocada! exclamaba, cogiendo al vuelo una frase. ¡Bien dicho!

Comerciantes á quienes conocía y muchos notables de la ciudad aparecían con sus nombres en los artículos de Ejoff y sobre cada uno dirigía su dardo envenenado. Ya les denunciaba audaz á la indignación pública, ya con formas de respeto pérfidas les hería cruelmente.

Los ojos brillantes de Tomás y su aprobación, excitaban más aun á Ejoff. Sus rugidos eran más y más fuertes y agotadas sus fuerzas caía sobre el diván para saltar después y seguir...

—Vamos lee un poco de lo que has escrito sobre mí, dijo Tomás, que había tomado gusto á esta literatura.

Ejoff registró un montón de papelotes y retiró una hoja que desplegó, poniéndose de pie frente á Tomás, abierto de piernas. Tomás se acomodó en el sillón donde estaba sentado él y sonriente prestó oído.

El artículo sobre Tomás contaba primeramente la historia de las balsas que tan poco había faltado para que concluyese trágicamente. Durante esta lectura Tomás se sintió molestado por ciertas expresiones que le hacían el efecto de picotazos de mosquitos. Su rostro se puso serio, bajó la cabeza y guardó silencio. Pero el número de mosquitos seguía aumentando.

—Te has ido un poco lejos, dijo al fin, descontento y confuso. Tu no ganarás el cielo únicamente por deshonorar á un hombre...

—¡Cállate! ¡Espera! interrumpió Ejoff, volviendo á la lectura.